



POTENCIA INSTITUYENTE DE UN OBJETO LLAMADO RELATO

INSTITUTING POWER OF AN OBJECT CALLED STORY

Alicia Kachinovsky¹

Centro de Investigaciones Clínicas en Psicología (CIC-P)
Facultad de Psicología, Universidad de la República
Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU).
alicia.kachinovsky@gmail.com
alika@psico.edu.uy

Resumen

Las narrativas o relatos circundantes -privados o públicos, orales o escritos- nos constituyen y humanizan desde muy tempranamente, pero también nos alienan. El propósito del presente artículo radica en ilustrar la potencia instituyente de algunos relatos que tienen cometidos antagónicos: sujetar o emancipar. Se explica qué se entiende por relato y qué tipos de relatos serán motivo de estas líneas. Se adopta una concepción amplia y consensuada del término. Se subraya la importancia del relato como potencial motor de cambio social (efectos en lo colectivo) y cambio psicológico (efectos en lo singular), según lo que se haga con ellos. Se advierte que no todo relato cumple las condiciones para serlo; no todos sirven a los mismos intereses ni a los mismos grupos sociales. Se brindan ejemplos. La conquista de sus formas más elaboradas por los más postergados se propone como un paso imprescindible para combatir la hegemonía de las elites. Se presenta un dispositivo de intervención psicoanalítica con el que se ha trabajado en centros educativos que testimonia la función terapéutica de la literatura infantil y juvenil. El dispositivo se afilia a la hipótesis de la participación del relato en la configuración de la identidad individual y colectiva. En las conclusiones se destaca el impacto transformador producido por la experiencia, derribando etiquetados auto o hetero asignados que ciñen al ser. El derrotero de un texto en este ámbito es el de instituir un lugar posible para la palabra acallada.

Palabras clave: Relatos - Narrativas - Identidades - Poder

Abstract

The surrounding narratives or stories - private or public, oral or written - constitute and humanize us from a very early age, but they also alienate us. The purpose of this article is to illustrate the instituting power of some narratives that have antagonistic tasks: to subdue or to emancipate. What is meant by a story is explained and what types of stories will be the subject of these lines. A broad and consensual conception of the term is adopted. The importance of the story as a potential driver of social change (effects on the collective) and psychological change (effects on the singular) is emphasized, depending on what is done with them. It is noted that not all stories meet the conditions to be so; not all of them serve the same interests or the same social groups. Examples are provided. The conquest of its most elaborated forms by the most neglected is proposed as an essential step to combat the hegemony of the elites. A psychoanalytic intervention device used in educational centers that testifies to the therapeutic function of children's and young people's literature is presented. The device is affiliated to the hypothesis of the participation of the story in the configuration of individual and collective identity. The conclusions highlight the transformative impact produced by the experience, overturning self-assigned or hetero-assigned labels that restrict the self. The goal of a text in this field is to institute a possible place for the silenced word.

Key words: Stories - Narratives - Identity - Power

Recepción: 22-06-2021

Aceptación: 17-09-2021

INTRODUCCIÓN

La función del relato: ¿sujetar o emancipar?

Un hervidero de voces nos habita sin siquiera advertirlo. Los relatos circundantes nos constituyen (nos humanizan), pero también nos alienan. Allí radica el propósito del presente artículo, ilustrar la potencia instituyente de algunos relatos con cometidos antagónicos, sujetando o emancipando. Hacia el final se hará referencia a un dispositivo de intervención psicoanalítica que se apoya en la función liberadora de la literatura infantil y juvenil.

Antes de seguir adelante, corresponde decir qué se entiende por relato y qué tipos de relatos serán motivo de estas líneas. Tal vez debido a su variedad o al uso corriente del vocablo es mejor admitir que no es tarea fácil. Habiendo consultado sin éxito el Diccionario de la Real Academia Española, se adopta en este trabajo una concepción amplia y consensuada del término relato, de sentido común, como el conocimiento que se brinda de un suceso real o fantaseado. Se lo asimila constantemente a narración o cuento. Es un artefacto cultural por medio del cual se transmite algo, más allá del propósito de quien lo crea o pronuncia. La amplitud conceptual asumida se refiere a diferentes variables, como la extensión, el nivel de aceptación o rechazo y la mayor o menor cualidad estética del objeto. Tampoco importa la magnitud de su circulación o su envergadura ni las épocas en las que se hacen oír.

Se incluyen en esta gran categoría relatos de carácter íntimo o mediáticos, locales o universales, efímeros o imperecederos, tradicionales o actuales, persuasivos o impositivos, históricos o contemporáneos, ficticios o pretendidamente reales, institucionales o informales, instituidos o instituyentes, espontáneos o premeditados, relevantes o intrascendentes, académicos o populares, extensos o acotados, muy estructurados o poco estructurados, orales o escritos. Y téngase en cuenta todos los matices o grados intermedios entre cada uno de estos pares de opuestos. Entre las modalidades más elaboradas se cuentan: los ensayos, los poemas, los cuentos, las novelas, los artículos periodísticos, los dichos y refranes, etc.

Jerome Bruner (2013) incorpora una nota que circunscribe al sustantivo en cuestión al afirmar que un relato comienza con alguna infracción del orden previsible de las cosas: "Algo ha de estar alterado, de otro modo `no hay nada que contar`" (p.34). Este capital simbólico disponible, siempre dispuesto a construir justificaciones y atenuantes sobre lo acontecido o a proyectar cambios, es un destacado medio de convivencia social.

Antes de justificar la función emancipadora de la literatura y otros relatos influyentes es preciso formular dos advertencias. La primera de estas es que hay múltiples excepciones que contradicen esta generalización. Convergen numerosas hipótesis teóricas en

la noción de relato o narrativa. Si lo que interesa es la importancia del relato como potencial palanca de cambio social (efectos en lo colectivo) y cambio psíquico (efectos en la singularidad), es importante consignar que no todo relato cumple las condiciones para serlo. Por otra parte, no solo se trata del texto elegido sino de lo que se haga con este. Severamente crítico con la educación de su época, Charles Darwin (1946) declara que se ponía gran empeño en memorizar las lecciones de la víspera, confesando: “Yo lo hacía con toda facilidad aprendiendo cuarenta o cincuenta versos de Virgilio o de Homero [...] pero tal entrenamiento resultaba bien inútil pues a las cuarenta y ocho horas eran olvidados todos y cada uno de los versos” (pp. 32 y 33).

La segunda advertencia consiste en admitir previamente que algo nos presiona o coarta. Y ese algo tiene dos dimensiones. Una es de orden singular, nunca estrictamente singular sino singular-plural (Käes, 2010), y tiene que ver con los acontecimientos vividos (historia significada). La otra dimensión es de carácter colectivo, relacionado con lo canónico o lo instituido (aquellos mandatos familiares y sociales explícitos e implícitos), transmitido por relatos más o menos sutiles que nos dicen cómo deben o deberían ser las cosas. Remite a lo que Castoriadis (1993) entiende como *fabricación social del individuo*, que arrastra consigo la domesticación de la imaginación (represión social).

Son muchas las voces que se levantan para señalar las bondades o perjuicios que la literatura, temida y poderosa, acarrea. Platón pretendía su proscripción en la vida ciudadana pues encendía las emociones, un ejemplo a no seguir. Al igual que los estoicos vinculaba las emociones con la inestabilidad (Pereira & Modzelewski, 2006).

En la *Poética* de Aristóteles (2004), por el contrario, encontramos una primera respuesta a por qué la literatura tendría un poder redentor. Si bien el autor alude y jerarquiza la mimesis (imitación), en el sentido que el arte imita la vida, luego afirma: “[...]no es oficio del poeta contar las cosas como sucedieron, sino como deberían o podrían haber sucedido, probable o necesariamente” (p.55). Su sentencia difiere de lo que sería una copia servil y sugiere la eventualidad de una imitación que recrea la realidad. La mimesis sería el principio generador de la producción literaria y la catarsis el efecto moderador que dicha producción tiene sobre las pasiones humanas. La función social del arte trágico se sustenta para el filósofo griego en dicha catarsis, un concepto emparentado con lo que más tardíamente se conocerá como empatía. Introduce asimismo la peripeteia o peripecia, que podemos entender como punto de inflexión, de cambio o de inversión de las circunstancias. Concede que, junto con el descubrimiento, la peripecia es en la tragedia la parte más poderosa de la trama.

Poco después de la revolución rusa, refiriéndose al cuento, Vladimir Propp (1974) plantea que este género también refleja el esfuerzo de los hombres para controlar las cosas poco felices e inesperadas de la vida. Los relatos cumplirían la función de familiarizarse con

el dolor que debe ser soportarlo, de dar cobijo a los infortunios, de triunfar frente a los obstáculos y las adversidades.

A diferencia de Aristóteles, Brecht (1992) se preocupará de evitar en su teatro la empatía por considerarla un obstáculo al juicio crítico. Los mecanismos identificatorios llevarían al espectador a examinar la acción desde el punto de vista del personaje, perdiendo una perspectiva cuestionadora. Según el dramaturgo alemán, la empatía transportaría al observador a un confinamiento emocional antes que, a la reflexión, propenso a la resignación frente a lo supuestamente inevitable. El teatro, cual espejo, debía reflejar una imagen de la realidad con sus complejidades y contradicciones, debía ser motor de la acción política. En su propuesta, el sufrimiento se presenta como algo que puede cambiarse, siempre que se ponga en juego la responsabilidad y el compromiso social, por medio de la transformación de las instituciones.

Relato y poder

La cuestión a pensar en este apartado es la dimensión política del relato, a condición de atribuir al término “política” una concepción amplia y compleja. En *Microfísica del poder*, Michel Foucault (1992) afirma que si el poder solo actuara en modo represivo no sería obedecido. La fuerza de sus prohibiciones es menos efectiva que la de sus habilitaciones: “[...] induce placer, forma saber, produce discursos” (p.182). Consiste en una gran trama productiva que penetra y cohesiona al cuerpo social.

Los relatos que circulan en cualquier sociedad, tanto los orales como los escritos, adoptan entre ellos una condición dialéctica. No todos sirven a los mismos intereses ni a los mismos grupos sociales. Se presentan seguidamente dos discursos. El primero de ellos es un testimonio autorizado para justificar la servidumbre de ciertos relatos a distintos grupos de poder y sus alternancias. Lleva por título “*El poder de la prensa en las reformas de la elite*”. En una entrevista realizada por el Semanario Brecha a José Pedro Barrán (2007), Doctor Honoris Causa de la Universidad de la República, el profesor manifiesta que los políticos de su país de fines del siglo XIX y principios del siglo XX eran en su mayoría abogados, pero todos eran periodistas. Un movimiento político de la época de escasa envergadura, con aspiraciones de incidir y trascender, lo primero que hacía era fundar un periódico.

De igual modo, un gobierno que quería acotar las voluntades ciudadanas o perpetuarse en el poder hacía una ley de prensa. Las investigaciones de Barrán atestiguan la potencia de algunos discursos sobre el destino de los pueblos y, en consecuencia, sobre la vida de las individualidades que habitan un determinado tiempo y lugar. Contrarrestando ese influjo, el decir acreditado del historiador por su condición de relato antagonista tiene un efecto liberador, tendiente a aflojar las amarras poco visibles que nos sujetan como

ciudadanos de la polis. Sus afirmaciones apuntan a dar visibilidad a la relación entre los medios de información y la clase dominante. Y es a través de la misma vía, de la prensa, que se la denuncia.

El segundo discurso pertenece a la esfera de la literatura universal: la novela del afamado semiólogo y escritor italiano Umberto Eco (1983), *El nombre de la rosa*. Allí se narra la investigación que realiza un sabio fraile franciscano junto a su pupilo, a propósito de una serie de crímenes que suceden en una abadía del norte de Italia, en el tenebroso escenario religioso del siglo XIV. Aunque ha sido considerada dentro del género policial o del misterio, la novela es bastante más que eso. En consonancia con la teoría literaria del autor, *El nombre de la rosa* es una «novela abierta», con dos o más niveles de lectura. En esta se anudan deseo y prohibición, saber, sexualidad y poder, interdicciones y transgresiones. El motivo de los sucesivos crímenes es un libro prohibido, sobre el cual recae la curiosidad de los frailes y el castigo implacable del custodio de un saber indebido. Entre sus líneas encontramos múltiples revelaciones sobre el lenguaje como herramienta de poder. Adso de Melk, novicio de la orden de los Benedictinos y uno de los personajes creados por el escritor, desde su lugar de aprendiz interroga a su mentor, Guillermo de Baskerville: “¿De modo que una biblioteca no es un instrumento para difundir la verdad, sino para retrasar su aparición?” (pp.349-350).

En otro pasaje, el maestro le explica a su discípulo que la vida de *los simples* no está iluminada por el saber o por la agudeza de las distinciones que sí tienen los hombres sabios, porque están abrumados por sus enfermedades, sus carencias y la ignorancia que les impide hablar de todo ello en forma inteligible. Más adelante agrega:

Hay palabras que dan poder y otras que agravan aún más el desamparo, y de este último tipo son las palabras vulgares de los simples, a quienes el Señor no ha concedido la gracia de poder expresarse en la lengua universal del saber y del poder. (p.404)

¿Por qué podía ser tan peligroso un libro como para impedir su lectura y para matar a quien lo leyera? En el desenlace del thriller se lo responde: “Los simples no deben hablar. Este libro habría justificado la idea de que la lengua de los simples es portadora de algún saber” (p.579). En efecto, la solución era ejemplarizante: “La víctima se envenenaba sola, y justo en la medida en que quería leer...” (p.572) porque sus hojas cargaban de un modo imperceptible la sustancia mortal.

Las afirmaciones que Umberto Eco pone en boca de sus personajes no hacen más que develar la impiedad de los mecanismos del poder cuando se trata de sortearlo o socavarlo. La novela delata las injusticias sociales de siempre y enseña algo tan obvio como inapreciable, tan elemental que parece cuento: la relación inextricable entre lenguaje y poder. Sus alegatos tienen *eficacia literaria*, porque sugieren más que lo que dicen y gozan de ese impacto estético que distiende las resistencias racionales.

La narrativa adquiere así un carácter emblemático, por su cualidad de refinado artefacto de supremacía de las minorías dominantes. Su democratización, la conquista de sus formas más elaboradas por los más postergados u oprimidos es un paso imprescindible para combatir la hegemonía de las elites. La apropiación de las *lenguas del saber y del poder* por parte de los más débiles constituye una apuesta por el anverso emancipador del relato.

Un aporte fundamental para elucidar los sutiles mecanismos del poder corre a cuenta de la *Teoría de la Argumentación* y sus topoi o topoi, lugares comunes de donde se extraen los argumentos que gozan de un consenso social; según Anscombe (1995), son principios ideológicos, compartidos por una comunidad, que cumplen funciones sociales y cognitivas para los miembros de esa comunidad. Se presentan como ajenos al locutor y objetivos, lo que los torna incuestionables y de un gran poder persuasivo. Se insertan entre el argumento y la conclusión que se extrae. Constituyen supuestas evidencias, premisas que provienen de una memoria colectiva y discursiva que presuponen “un enunciador real o virtual” (Furlanetto, 2006, p.27), algo que habla en nosotros y a través de nosotros.

Estos convidados de piedra de la argumentación, de naturaleza dogmática, afectan la *imaginación radical* (Castoriadis, 1998), es decir, la capacidad de cuestionar la validez de las significaciones sociales instituidas (lo que ya ha sido pensado y convenido). Acotan la condición reflexiva del ser humano, que paga el precio de la fabricación social de su pensamiento para vivir con otros. El análisis crítico de su composición y las derivas de su presencia, por el contrario, cumple dos cometidos: por un lado, denunciar algunos exquisitos subterfugios del poder y sus respectivos adminículos de dominación, por otro lado, desentrañar algunos nexos poco evidentes entre lo plural y lo singular.

Las instituciones en general, con su vocación de contribuir al bien común y a la cohesión social, son las que transmiten las significaciones instituidas. La escuela, por ejemplo, es un lugar de privilegio donde se reproducen las ideologías, tarea que se cumple a través de prácticas discursivas cotidianas y actos celebratorios de las fechas patrias. En las escuelas públicas, el discurso escolar hegemónico realza, entre otros tantos, argumentos relativos a la igualdad y a la obligatoriedad de la enseñanza. El examen de las producciones argumentativas de los escolares (micro nivel social) pone de manifiesto las ideologías imperantes que circulan en la sociedad (macro nivel social) (Román, 2014).

Relatos e identidades

Este apartado se afilia a la hipótesis de Hannah Arendt (1996) sobre la importancia del relato histórico y ficticio para la reflexión ética y política, así como por su participación en la configuración de la identidad individual y colectiva. Hombres y pueblos se auto-

determinan y son determinados a punto de partida del influjo de estas producciones simbólicas.

La identidad es una noción difícil de asir, tal vez debido a su transitoriedad o inestabilidad o a su composición heterogénea. Se trata de un concepto bajo sospecha, cuestionado o condenado porque, entre otras cosas, pone sobre la mesa el problema de la verdad. En otro lugar, dijimos (Kachinovsky, 2019) que la identidad no es una sustancia inmanente del ser a revelar, tampoco una invariante producto de una herencia biológica o histórica. Contrariamente a una presumida inmutabilidad, su rasgo distintivo es el cambio, los vaivenes discursivos de quien la pronuncia. Si agregamos que su materialidad es narrativa, nos aproximamos a la escuela hermenéutica y a uno de sus más destacados referentes, Paul Ricoeur (2004). Amparado en la idea de una *identidad narrativa*, la identidad sería apenas la narración que un sujeto hace de sí mismo, para sí mismo y para los otros. El problema de la verdad, en relación a lo fáctico, pasa a ser entonces un asunto de *verdad narrativa*. El filósofo francés sostiene que esta identidad narrativa se ubica entre dos polos, el de la *mismidad* (lo que no cambia, lo estable o permanente) y la *ipseidad* (promesa de sí mismo, transformación o movimiento). Este segundo polo es el responsable de su carácter provisorio y cambiante.

Regine Robin (1996) entiende que este atributo narrativo, ya sea oral o escrito, lleva implícito una marca de ficcionalidad. Suscribe, además, como nota de actualidad, que en estos tiempos ocurre una situación paradójica entre la fluidez y la fijación: ambas modalidades coexisten o alternan. En el primer caso, cabe mencionar las reasignaciones de sexo y género o las conversiones religiosas; en el segundo caso, los conflictos étnicos y el resurgimiento de los nacionalismos.

El presente trabajo concibe la identidad como una producción imaginaria e inacabada, que se nutre de la cultura epocal en la que se inscribe y en los acontecimientos personales y colectivos que la modelan. A su vez, toda cultura ostenta presupuestos y perspectivas sobre la identidad, ofrece un surtido de narraciones a abrazar o desechar. Por eso puede decirse que la identidad es colectiva, en el sentido de una alteridad asumida. Por otro lado, tiene una arista personal y única, vinculada a las experiencias transitadas y asumidas como propias. En síntesis, fluye entre lo singular y lo plural, entre lo privado y lo público (Kachinovsky, 2019).

Se describen a continuación fragmentos de una entrevista periodística a Macarena Gelman (La República, 2008) que ilustran algunas de las concepciones señaladas. El 27 de febrero de 2008 se presenta ante la justicia uruguaya con el objetivo de saber lo ocurrido con su madre, María Claudia García Iruretagoyena. Secuestrada en la Argentina en 1976, fue trasladada en forma ilegal a Uruguay. Después de dar a luz a una niña fue asesinada, su cuerpo desaparecido y su hija entregada a una familia sustituta. Macarena, una mujer

de 31 años en aquel momento, se había enterado ocho años atrás que era una víctima del *Plan Cóndor*. El periodista le pregunta: “En el 2005 pasaste a tener legalmente tu actual nombre, pero ¿cuándo te enteraste de que eras quien sos?”. Ella responde que fue en el 2000 y al hacerlo admite que al menos una porción de su identidad, que otros sí conocían, le era desconocida. Son otros los que le asignan el nombre, los que le dicen quién es. Algo que debió ser parte de su mismidad ha pasado a ser su ipseidad.

El caso resulta paradigmático para mostrar el peso de lo ajeno en lo propio, por la discontinuidad existencial en juego. El entrevistador lo toma en cuenta al preguntar: “Luego de vivir estos últimos ocho años, ¿recordás a aquella Macarena Tauriño? A lo cual parece producirse un movimiento de integración identitaria en la respuesta de la entrevistada: “Sí, claro. Era yo, también”.

Concluye el periodista que Macarena sufrió en carne propia la desaparición forzada y alude a “la pérdida de su identidad durante 23 años”, hasta que su abuelo la hallara. Este abuelo le imprime a su vida nuevos lazos filiatorios y ello determina un curso distinto al que llevaba. Cuando se le pregunta si sigue siendo la misma, responde: “La misma la misma, no”.

Son los otros -madres, abuelas y familiares de detenidos desaparecidos durante la dictadura uruguaya y argentina, el propio estado uruguayo- portadores de un saber sobre sí misma que, de alguna manera, la liberan de una identidad fraudulenta. Incluso sus amigas, según acepta en la entrevista, sabían más de ella que ella. Se trata obviamente de un saber parcial. Macarena reconfigura su identidad, adopta un nuevo “yo soy” asignado y asumido, que igualmente la apremia y la lleva a la búsqueda de nuevas respuestas. Nadie, ni siquiera ella, conoce toda la verdad. No obstante, ello no es privativo de Macarena Gelman, la identidad es siempre un saber engañoso y agujereado que el sujeto se narra a sí mismo y a los demás. La entrevista mencionada se realiza el día que se presenta ante la Justicia, enunciado por el periodista como “su necesidad de encontrar la verdad”. Confiesa que al enterarse de su temprana historia lee todo lo que no había leído en sus primeros 23 años. Hasta sus hábitos lectores se modifican; estaba muy poco informada. Cambian sus designios, se produce un reordenamiento de su proyecto de vida y llega a ser diputada por la ciudad de Montevideo, cargo que ocupó entre 2015 y mediados de 2019.

Abandonar el relato periodístico y regresar a la gran narrativa o narrativa literaria permitirá anudar un asunto de subjetividad femenina con otro de identidad nacional. Converge lo singular y lo plural en *Casa de Muñecas*, un clásico surgido de la mano de Henrik Ibsen (2005). A pesar del origen noruego del dramaturgo, la obra fue escrita en Roma y estrenada en Alemania a fines de 1880. El impacto producido transcurre en los límites de lo íntimo y lo social y obliga a inferir los vasos comunicantes entre ambos espacios.

Nadie aplaudió cuando la protagonista, Nora, dio el portazo final e inesperado abandonando marido e hijos (Drennen, 2005). La pieza teatral se presta a variadas interpretaciones, algunas de estas no reconocidas por el autor como intenciones suyas. Para Ibsen (2005) era una cuestión de derechos humanos, no afiliados a una perspectiva feminista. Sin embargo, el tema de la devaluación de la mujer, que en el mejor de los casos es manipulada como una muñeca, es denunciado por Nora con contundencia: “He sido una muñeca grande en esta casa, como fui una muñeca pequeña en casa de papá” (Ibsen, 2005, pp.248-249). Los críticos acuerdan al suponer que el tema de la autonomía femenina incomodó e irritó a la sociedad de la época que castigó al autor absteniéndose de aplaudir.

Otra posible interpretación remite al nombre de la protagonista, a Nora como metáfora de Noruega. Este escritor, que optó por vivir veintisiete años fuera de su patria, hizo de los ambientes noruegos, tan privados de sol, los escenarios de sus dramas. En español como en noruego coincide la fonética de las tres primeras letras de Nora y Noruega. Hay además un elemento en común: la dependencia que es preciso romper. “Cuando Ibsen escribió el drama que nos ocupa, Noruega luchaba pacíficamente por emanciparse de Suecia” (Drennen, 2005). Y al igual que Nora, Noruega cortó definitivamente su estado de subordinación el 17 de mayo de 1905.

El desenlace de este drama había desatado intensas polémicas en más de un hogar. Las discusiones habían llegado a tal extremo de violencia que, según se cuenta, en las tarjetas de reuniones de la sociedad burguesa de Estocolmo se acostumbraba incluir la siguiente leyenda: ‘Se ruega no hablar de Casa de Muñecas durante la fiesta’.

En cualquiera de los casos, ya sea una cuestión de derechos particulares y singulares (cada Nora que habite en las mujeres de esa época) o de derechos nacionales (independencia de un país), se trata de un relato de *autodeterminación identitaria*. Acallar la circulación de palabras que son producto del acontecimiento literario es una muy buena estrategia de control y apaciguamiento social porque, como sostiene Bruner (2013), la gran narrativa es “subversiva, no pedagógica” (p.25). Las obras ficcionales suelen suscitar un aspecto inusual a lo convencional; develan la opacidad de lo cotidiano e imponen al lector la necesidad de interrogar los instituidos, lo naturalizado. Ofrecen mundos posibles e imaginarios. No solo dicen cómo es la realidad de la que se trate, sino cómo debería ser o podría ser.

Algunos guiones llegan a instituirse, relevando a los ya asentados. En estas circunstancias, la narrativa formatea las cosas del mundo real y es motor de cambio social. Para ejemplificarlo, Bruner (2013) comenta que *La cabaña del tío Tom* “no hizo menos que cualquier debate parlamentario para que se precipitara la guerra civil estadounidense” (p.24).

Los textos literarios como objetos mediadores y emancipadores

Un buen pretexto para dar comienzo a este apartado que versa sobre una eventual función emancipadora del relato es tomar prestadas las palabras de Umberto Eco (1996) cuando plantea que la función terapéutica de la narrativa, y el motivo por el cual los hombres cuentan historias desde siempre, consiste en dar sentido a lo acontecido en el mundo real, “dar forma al desorden de la experiencia” (p.97).

La experiencia a transmitir se ha desarrollado hasta ahora mayoritariamente en ámbitos educativos, mediante un dispositivo que usa textos literarios diversos (cuentos, poemas, canciones y otros) como objetos intermediarios: un taller narrativo coordinado con una orientación clínico-psicoanalítica. Creado con el objetivo de promover procesos de simbolización y subjetivación, ha sido instrumentado hasta ahora para pequeños grupos de niños o jóvenes. Cuando se trabaja en escuelas públicas emplazadas en entornos complejos -con escasos recursos económicos, sociales y culturales-, los niños seleccionados para integrar el taller suelen presentar dificultades en sus procesos de aprendizaje y/o en su integración social. Ya entonces comienza el trabajo mancomunado con la maestra de clase, con quien se entabla un intercambio permanente a través de breves conversaciones sobre la dinámica del taller y del aula. Esta tarea de “devolución” o “restitución”, herramienta inexcusable del accionar clínico, se despliega durante todo el proceso de intervención. Tiene la virtud de habilitar la convergencia de dos puntos de vista disímiles e igualmente valiosos sobre cada uno de los niños que integran el taller.

En sentido estricto, estos relatos no son usados con fines pedagógicos ni psicológicos, lo que no excluye efectos de ambos tipos. La transmisión oral del texto literario por parte del coordinador, motivada en las dificultades escolares de la población-objetivo, deviene un modo de incentivar la apetencia narrativa y de contribuir con la tarea alfabetizadora. La posterior recreación del texto por parte de los niños y en el seno grupal configura una vía regia para la circulación de la palabra y para la producción de sentidos subjetivos singulares. Las intervenciones de los coordinadores pretenden la apertura del campo discursivo infantil, los procesos reflexivo-imaginativos e incluso el cuestionamiento de eventuales aspectos normativos (Kachinovsky y Dibarboure, 2017). El cuento oficia como enlace entre representaciones ficcionales y experienciales, reconstituyendo y engrosando la malla simbólica por donde circulan los afectos, lo que justifica su idoneidad para apuntalar procesos de simbolización. Bajo estas circunstancias, el taller instaura una estrategia aventajada para recomponer la relación con el saber sobre el sí mismo y sobre el mundo. En el marco de investigaciones cuanti-cualitativas, los cambios observados en la producción discursiva de los casos estudiados reflejan transformaciones de los procesos psíquicos subyacentes. A medida que se desarrollan los talleres, la producción discursiva grupal de los niños aumenta, mientras que la de los coordinadores y observadores participantes disminuye (Kachinovsky, Correa y Magnone, 2021).

En esta oportunidad se aborda el modo en el que un texto narrativo se presta como mediador frente a la imperiosa necesidad humana de organizar los acontecimientos significativos que se suceden en la vida y que, en escenarios de vulnerabilidad, adquieren con mayor frecuencia la forma de infortunios de muy diversa índole (familiares, económicos, escolares, etc.).

Un concepto a considerar es lo sublime. Usamos la narrativa para dar cuenta de las vicisitudes placenteras y displacenteras de nuestra existencia, procurando entenderla y justificarla. Frente a los otros o a nosotros mismos, a veces recurrimos a ella para construir atenuantes sobre aquellas acciones que no nos favorecen. Es posible afirmar asimismo que tanto la experiencia dolorosa como la dichosa se vuelven significativas para los hombres cuando se puede hablar de ellas y narrarlas (Arendt, 1996). Aunque pueda ser cierto que todo sufrimiento es soportable si se puede construir un relato con ello, no siempre se está en condiciones de hacerlo.

En el trabajo psicoanalítico con niños, por ejemplo, es frecuente advertir que el malestar despertado por algunas verdades con las cuales es preciso trabajar produce resistencias difíciles de franquear hacia aquellas intervenciones que las explicitan y encienden. En ocasiones, ello deriva en fracasos terapéuticos. La experiencia estética con un texto literario deviene entonces una alternativa plausible para afrontar dichas dificultades, si no se la reduce a la doctrina de lo bello y se la concibe ocupada también de sentimientos desagradables (Freud, 1919). Estos sentimientos o emociones negativos son constitutivos de la categoría de lo sublime introducida por Burke (1807), quien vincula la sublimidad al terror o a alguna pasión semejante, cuyo objeto es la pena. Se trata de pasiones emergentes que, para que produzcan deleite, no deben surgir en enclaves con potencial o efectiva nocividad: el dolor no debe ser vehemente y el terror no habrá de implicar una destrucción de la persona. Distingue el deleite del placer, aludiendo a una especie de horror deleitoso que considera como una de las pasiones más fuertes, siendo su objeto lo sublime, y el asombro su mayor grado.

A veces lo más terrible genera una intensa atracción, cuando su contemplación sucede en un contexto de inmunidad. Y el texto es un destacado garante de la seguridad requerida. Para que una historia produzca deleite, es condición que no nos invada. El texto actúa como membrana selectivamente permeable, que limita, protege, habilita intercambios e interacciones extra textuales y ampara el reconocimiento y transducción de señales externas. De este modo, mantiene esa distancia imprescindible para que el lector se ubique como sujeto y no como objeto de la experiencia dolorosa. Los cuentos, los mitos y las leyendas gozan de esa "cualidad de la metáfora para desplazar, para distanciar nuestras inquietudes" (Petit, 2001, p.140), y ser usados deliberadamente por los psicoanalistas.

Bajo esta perspectiva, el derrotero de un texto en un ámbito clínico es el de instituir un lugar alternativo para hablar de lo que es sentido como aquello de lo que no se puede o no se debe hablar e incluso de lo que no se puede siquiera pensar. El cuento reporta penas, conflictos, ilusiones, desvelos... Y ofrece, sin pedir nada a cambio, *que a quien le quepa el sayo, que se lo ponga*.

Luego de distinguir las expresiones claras (correspondientes al entendimiento) de las fuertes o enérgicas (referidas a las pasiones), Burke (1807) advierte: “Si el afecto se comunica bien, surtirá su efecto, aunque no se dé una idea clara de él, y muchas veces sin dar idea alguna de su causa primaria” (p.241). El texto toma así el carácter de intermediario, la función de “como si” de las experiencias conflictivas: produce una apertura emocional que permite ingresar en operaciones autobiográficas y, por qué no, en secuencias didácticas residuales significativas (subjetivantes). Los enlaces establecidos entre las propuestas narrativas ofrecidas y las novelas familiares de los niños constituyen desenlaces posibles, alternativos e inéditos. El cuento se presta como espacio de proyecciones múltiples, promoviendo un ensanchamiento del campo asociativo.

El taller se propone, además, como un espacio plural, de reconocimiento (Honneth, 1997) de la voz de los niños, aceptando sus puntos de vista sobre las obras escogidas y sus apetencias o rechazos hacia estas. Es un espacio de acogida de lo diverso, por ello se aceptan diferentes miradas sobre un mismo hecho. El cuento propicia un encuentro con lo ajeno y con lo propio, separa y vincula, acerca y aleja, conectando los avatares reales con los fantásticos.

En espacios institucionales, como es el caso de una escuela pública, el dispositivo de taller amplía la cobertura de las prestaciones asistenciales en salud mental a medios sociales que, de otro modo, no accederían. La necesidad de preservar la intimidad de cada niño, sin embargo, impone restricciones al tipo de intervenciones de los coordinadores del taller. A modo de ejemplo, los señalamientos o interpretaciones son dirigidos a los personajes del cuento o a las tramas y desenlaces ficcionales, que incluso pueden ser recreados por los integrantes del taller. Se trabaja en transferencia, pero tampoco se la interpreta.

Como aspectos comunes al escenario clínico y al institucional, el análisis se inserta en la ruptura del hilo narrativo. El psicoanalista es siempre un potencial perturbador de la historia oficial, de esa *ilusión biográfica* que todos construimos. Aunque no podamos vivir sin esa narración, debe quedar clara la distinción que establece Robin (1996): “El trabajo de la identidad narrativa es exactamente lo contrario del trabajo de análisis, que consiste justamente en deshacer la narración” (p.62).

CONCLUSIONES

Se ha partido del supuesto que los diversos relatos o narrativas que nos rodean, admitidos ambos términos como indistintos, participan e inciden tanto en fenómenos de orden individual (identidad singular) como colectivo (identidad nacional), reconocidos por su relevante mutualidad y la difícil articulación teórica de dominios heterogéneos. La potencia instituyente de algunos relatos ha sido ilustrada por medio de artículos periodísticos y obras de la literatura universal. Se han puntualizado los cometidos antagónicos que asumen, sujetando o emancipando al ciudadano o al sujeto de la intimidad. Las instituciones sociales y los grupos de poder tienden a imponer relatos homogeneizantes que limitan e incluso obturan la capacidad reflexiva de las personas. Estos efectos también comportan grávidas consecuencias sobre los procesos psíquicos (cognitivo-afectivos).

La identidad, ya sea en su faz individual como colectiva, ha sido considerada en este trabajo como una perseverante construcción narrativa, producida a expensas de variados relatos que conviven y debaten entre sí en los diversos ámbitos de pertenencia de toda persona (grupos, organizaciones, instituciones).

En cuanto al taller narrativo que adopta al psicoanálisis como marco teórico, la hipótesis de trabajo es que los textos narrativos hacen trama en el yo. Aportan tejido psíquico y así promueven procesos de neogénesis (Bleichmar, 1999), ordenando y resignificando acontecimientos vitales significativos. Se procura así producir un impacto profundo, transformador de la propia existencia y, en particular, de etiquetados auto o hetero asignados que ciñen al ser. En la medida que suscita el rescate de la singularidad de los efectos alienantes de otros discursos sería justo afirmar que este espacio promueve un *relato identitario*. Según se ha constatado (Kachinovsky, Correa y Magnone, 2021), esta recomposición identitaria desencadena un proceso de espiral narrativa (apetencia y multiplicación de la producción narrativa del sí mismo). Por eso se afirma que el dispositivo se sostiene en la función liberadora de la literatura infantil y juvenil, es decir, en la función terapéutica de la narrativa que se opone asimismo a la domesticación de la imaginación o represión social (Castoriadis, 1993).

Hay relatos que por sí solos pueden llegar a tener efectos emancipadores sobre la persona, más acá o más allá de las intervenciones de un coordinador de taller. Una reconfiguración de la identidad puede jugarse en ellos, al dar nuevos sentidos a la fragilidad y contingencia del proceder humano.

La apuesta por la vía narrativa en el tallado de la identidad reposa asimismo en la posibilidad de significar las experiencias fragmentarias por medio de la conformación de una trama (Fonnegra-Osorio, 2017). Por ello, el objetivo del taller no es reproducir o reconstruir un texto leído, incluso cuando se presta atención a la comprensión lectora.

La palabra clave en lo que al artificio clínico-narrativo refiere es la recreación del escrito, es decir, la construcción de nuevas versiones e interpretaciones singulares. Se puede hablar entonces de una dimensión política del dispositivo de intervención creado, en tanto admite y propugna el cuestionamiento de cualquier instituido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anscombe, J.C. (1995). Semántica y léxico: Topoi, estereotipos y frases genéricas. *Revista Española de Lingüística*, 25 (2), 297-310.
- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro*. (Trad. de A. Poljak Zorzut). Península.
- Aristóteles (2004). *Poética*. Libertador.
- Barrán, J. P. (12 de octubre de 2007). El poder de la prensa en las reformas de la elite. *Semanario Brecha: La Lupa*, p.22. Montevideo.
- Bleichmar, S. (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Amorrortu.
- Brecht, B. (1992). *Brecht on Theatre. The Development of an Aesthetic*. Hill and Wang.
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias: derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Burke, E. (1807). Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello. Traducida al castellano por Don Juan de la Dehesa. <https://bit.ly/3nUnqtm>
- Castoriadis, C. (1993). Lógica, imaginación, reflexión. En: R. Dorey (Dir.), *El inconciente y la ciencia*, (pp. 21-50). Amorrortu.
- Castoriadis, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Eudeba.
- Darwin, C. (1946). *Memorias y epistolario íntimo*. (Traducción de Argentina Carreras). Elevación.
- Drennen, O. (2005). Prólogo. En: H. Ibsen (2005). *Casa de muñecas* (pp. 5-26). Longseller.
- Eco, U. (1983). *El nombre de la rosa*. Lumen.
- Eco, U. (1996). *Seis paseos por los bosques narrativos*. Lumen.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. La piqueta.
- Fonnegra-Osorio, C. (2017). Hannah Arendt: importancia del relato histórico y ficticio como vía para la reflexión ética y política. *Estudios de Filosofía*, 56, pp. 9-25. <https://www.redalyc.org/jatsRepo/3798/379853758002/html/index.html>
- Freud, S. (1919). Lo ominoso. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. XVII). Amorrortu.

- Furlanetto, M. (2006). Argumentação e subjetividade no gênero: o papel dos topoi. *Linguagem em Discurso*, 6, 519-546.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Crítica.
- Ibsen, H. (2005). *Casa de muñecas*. Longseller.
- Kachinovsky, A., Correa, H. y Magnone, M. (2021). Producción imaginativo-reflexiva infantil en talleres clínico-narrativos. *Psicología USP*, 32, 1-13. <https://doi.org/10.1590/0103-6564e200060>.
- Kachinovsky, A. (2019). Una investigación en psicoanálisis sobre el teorizar infantil. Premio FEPAL "Psicoanálisis de Niños y Adolescentes" 2018. *Calibán, Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*. Vol. 17, número 1, pp. 188-203.
- Kachinovsky, A. & Dibarboure, M. (2017). Intervenciones en psicopedagogía clínica: el taller clínico-narrativo. *Revista de Educación y Desarrollo*, 40, 5-13.
- Kaës, R. (2010). Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo. Buenos Aires: Amorrortu.
- La República (2008). Quien sepa algo, que lo piense y me haga llegar la información. *La Red 21* <https://www.lr21.com.uy/politica/300480-quien-sepa-algo-que-lo-piense-y-me-haga-llegar-la-informacion>
- Pereira, G. & Modzelewski, H. (2006). Ética, literatura y educación ciudadana para un mundo global. *Isegoría*, 34, 111-128.
- Petit, M. (2001). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica.
- Propp, V. (1974). *Las raíces históricas del cuento*. Fundamentos.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.
- Robin, R. (1996). *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*. Universidad de Buenos Aires: Cuadernos de Posgrado.
- Román, S. (2014). Una aproximación crítica al estudio del discurso argumentativo infantil en el marco de la educación primaria. (Tesis de maestría). Universidad de la República (Uruguay). <https://hdl.handle.net/20.500.12008/9275>.

¹ Doctora en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Psicóloga y Maestra Especializada. Profesora Titular por la Universidad de la República, Centro de Investigación Clínica en Psicología (Facultad de Psicología) y Comité Académico del Doctorado en Educación (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación). Psicoanalista. Especialista en psicoanálisis de niños y adolescentes (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, filial de la International Psychoanalytical Association).

Investigadora en temas de psicoanálisis y educación. Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores de Uruguay.